

XVI. GENIO O IDIOTA, ÁNGEL O DIABLO.

En 1925, a pesar de los continuos éxitos de su práctica, Groddeck sentía la necesidad de hacer algo para lograr su aceptación en las Sociedades Psicoanalíticas. Sacaba otra vez un pequeño periódico, llamado *Die Arche*, con ensayos de diversos autores, pero lo esencial de su contenido era aportado por él, y leía mucho, con la vaga necesidad de escribir algo. No tenía una idea clara de que debía hacer.

En marzo le escribió a Freud:

Siento una gran presión por escribir algo y por decirle que estoy pensando en usted. La razón de la presión se hará evidente pronto, probablemente. Los últimos años han sido muy ocupados para mí, pero ahora las cosas se han vuelto más tranquilas. Uno de los sentimientos más persistentes es el deseo de determinar lo que se ha desarrollado en mí como resultado de mis experiencias desde 1920. No sé qué forma tomará esta investigación. Siento que no debe tener la ironía de *Der Seleensucher* ni el emocionalismo de *Das Buch vom Es*. Parece ser, más bien, algo autobiográfico. En todo caso, estoy repasando cuidadosamente toda clase de recuerdos y tengo una vaga idea de hacer un trabajo conscientemente analítico. Supongo que debo atenerme a una línea cronológica, pero me siento atraído por el camino de la libre asociación.

Probablemente es por eso por lo que las ideas acerca de usted son tan fuertes. En una autobiografía analítica, usted representaría un papel muy importante. Pero no puedo proceder hasta haberle participado a usted mi plan. Sin embargo, no estoy diciendo definitivamente que vaya a hacer ese libro.

En abril volvió a escribir. Había leído la corta autobiografía de Freud escrita para la Enciclopedia Británica y publicada después como monografía.

He leído su autobiografía y he obtenido un gran placer de ella. En las últimas frases hay tanta fuerza que estoy convencido de su recuperación. Todo esto lleva seguramente hacia la cima y quien observe y pruebe sabrá seguramente que el peregrino seguirá subiendo con pasos largos y seguros, llenos de la fuerza de la vida y la capacidad de absorber y producir... Aquí están pasando algunas cosas... Tengo curiosidad por saber a dónde me conducirán. Temporalmente, sin embargo, sólo observo por mi estómago, cada vez más grueso, que una vez más estoy embarazado. Tengo una inclinación hacia lo analítico. Mi esposa me está convenciendo de que emprenda un trabajo metódico sobre el Ello. Quizás todo se convierta en humo y unos cuantos articulitos, de cualquier manera... Personalmente es satisfactorio que usted haya expresado una vez más su opinión acerca de las capacidades de los que no son médicos en el tratamiento psicoanalítico.

Freud respondió rápidamente a esta carta. Estaba cortésmente complacido de que su autobiografía hubiera conmovido a Groddeck, aunque decía que había sido escrita por deseos del editor, no por un fuerte impulso personal.

“Me alegra saber que algo se está gestando dentro de usted y que acabará por hacer erupción. Como usted sabe, valoro la originalidad aunque esté ligada con cierta dosis de maldad.”

Seguía hablando de su salud: “Mi masoquismo como objeto de tratamiento casi se ha consumido;

es tiempo de que me independice de los médicos.” Ésta era la única referencia que Freud hacía a un periodo muy difícil. Le estaban cambiando el paladar postizo y apenas podía hablar.

Freud recibió una visita del conde Kayserling en la primavera. Una segunda visita, según Jones, se convirtió en una consulta y Freud recomendó a Kayserling ponerse en manos de Abraham. En vez de ello, Kayserling fue a ver a Groddeck.

Kayserling, en escritos de esta época dice que sufría de una “flebitis recurrente que, según me habían advertido otros médicos, me mantendría inválido durante años, si no por el resto de mi vida”. Quedó curado en menos de una semana. No parece probable que Kayserling consultara a Freud acerca de sus síntomas y no sabemos cómo fue a ver a Groddeck, a no ser que fuera por consejo de Freud. En todo caso, Kayserling se trasladó al sanatorio. El hijastro de Groddeck, Joachim, escribió un relato sobre el sanatorio y la visita de Kayserling.

Había algo especial en este lugar, por muchos aspectos. Groddeck, el médico, sólo admitía el número de pacientes que podía tratar individualmente. No creía en el tratamiento exclusivamente físico de sus pacientes, sino que se ocupaba en sus condiciones mentales y tenía conciencia del hecho de que muchos de ellos necesitaban un médico comprensivo y capaz en el que pudieran confiar, y al que pudieran contarle sus problemas. El Dr. Groddeck creía en la vieja pero siempre nueva sabiduría médica de curar tanto el cuerpo como la mente, y en que además de tratar una condición o enfermedad física, la vida individual del paciente también debe ser tomada en consideración por el médico. En años posteriores, Groddeck elaboró su propia terapia, basada en un sistema psicológico de tratamiento que, según Sigmund Freud, representaba un sistema especial de psicoanálisis. Los estudiantes de medicina de hoy encontrarán el nombre de Groddeck en relación con su doctrina del “*Es*”. Fue el primer médico que, al contemplar con la misma profundidad la mente que el cuerpo en busca de la causa y efecto de la enfermedad, se dirigía también a la mente de la persona, en sus métodos de tratamiento y curación. En su práctica médica puede ser considerado un iniciador de lo que ahora se llama tratamiento psicosomático. En muchos casos, las curaciones de Groddeck casi podían llamarse un milagro. Este término, sin embargo, por ser expresión de un método impreciso de pensamiento, no explica adecuadamente lo que se producía en realidad, es decir, el hacer visible las maravillosas capacidades inherentes a la naturaleza y el ser.

El conde Kayserling se ligó mucho a su médico y en su libro *El espectro de Europa*, en el capítulo “Alemania”, expresó su admiración por él en uno de los mejores pasajes del libro. Consideraba a Groddeck como un amigo y congénere espiritual, con un campo tan amplio de conocimientos como el suyo propio. Pero contrariamente a la naturaleza altamente filosófica de Kayserling, Groddeck se entregaba de una manera entusiasta al Eros, y su vida estaba tan llena de paradojas como tiene que ser la vida misma. Kayserling sentía afecto por aquel hombre, que mostraba la misma desenvoltura ante los príncipes y los personajes famosos de la época que ante la gente común y corriente, y tenía un carácter independiente que no conocía barreras sociales ni distinciones de clase. Consideraba a todo el mundo por igual, como seres humanos, y no había pensado en hacer una fortuna con su capacidad médica. En su búsqueda de la verdad era muy firme, pero tolerante, siempre considerado y lleno de comprensión al descubrir las debilidades y errores que sufrían sus pacientes. Aliviando sus temores los adaptaba de nuevo para cumplir las demandas de la vida. Las discutidas publicaciones de Groddeck habían atraído desde antes la atención de Kayserling, que había pedido al Dr. Groddeck que pronunciara una conferencia en la “Escuela de la Sabiduría”. En esa ocasión el doctor, improvisando a su manera nada ceremoniosa provocó una conmoción entre los “sabios del Este y del Oeste” reunidos, con sus ataques a máximas y doctrinas cuya verdad nunca había sido discutida con anterioridad.

Día tras día, los dos hombres sostenían largas pláticas. Por la tarde o al comenzar la noche, podía encontrárseles sentados en uno de los balcones de madera de la casa, que daban a la ciudad, y gozando de la hermosa vista de las colinas de la Selva Negra y de la Badener Höhe en la lejanía... En relación con muchos problemas, ambos tenían la misma opinión y también gustos semejantes. Groddeck amaba Baden-Baden con todo su corazón, no sólo porque allí estaba dedicado al trabajo de su vida, sino que también estaba activamente dedicado al desarrollo de la ciudad-balneario. Pronunciaba conferencias populares sobre

cuestiones importantes y sus preocupaciones sociales lo llevaron a fundar la primera Sociedad Cooperativa de Compraventa. Las múltiples posibilidades que ofrecía el hermoso lugar lo atraían. La ciudad estaba abierta al desarrollo urbano y, al mismo tiempo, gozaba de la apacible belleza de un paisaje encantador. La serena armonía de la naturaleza lo fascinaba... Como Groddeck, alemán del norte, que había escogido este lugar para vivir, el filósofo, que había viajado por todos los Continentes, también gustaba especialmente de Baden-Baden, sobre todo en otoño, la estación durante la cual el cielo y la tierra despliegan todos los encantos de la naturaleza sobre este hermoso lugar...

Izette de Forest, una analista laica norteamericana, pasó un mes en Baden-Baden mientras se encontraban allí los Ferenczi. “Conocí a los Groddeck -dijo-, una pareja agradable... Por la devoción del Dr. Ferenczi al Dr. Groddeck solicité una hora de conversación con él y la obtuve... Me pareció muy inteligente, con una brillante penetración, muy amable y sin pretensiones, dedicado a su trabajo. El Dr. Ferenczi tenía por él la más alta consideración, por sus cualidades terapéuticas y por su inteligencia y penetración y originalidad.”

En junio Groddeck envió a Freud copias de conferencias que había pronunciado ante un grupo de no especialistas. “No hace falta que las lea. Pero usted tiene derecho a saber lo que estoy haciendo.”

Le preguntaba si Freud pensaba asistir al Congreso de Hamburgo. “He anunciado una conferencia allí y espero que esta vez podré decir mejor lo que quiero. Sin embargo, en mi caso, todo depende del momento y mucho del auditorio.”

Freud respondió, agradeciéndole las conferencias.

Todo lo que venga de usted me resulta interesante, aunque no siempre esté de acuerdo con los detalles. En su *Es* no reconozco a mi *Es*, civilizado y burgués, despojado de su misticismo. Sin embargo, usted sabe que el mío se deriva del suyo.

No creo que vaya a ir a Hamburgo. Debo habituarme a muchos sacrificios. Naturalmente, si tengo más suerte de lo que considero posible, iré.

Freud no pudo asistir al congreso. La ponencia que había escrito para el congreso fue leída por Anna. Groddeck presentó un trabajo, “El psicoanálisis y el Ello”, que contenía muy poco de nuevo, pero era un esfuerzo por explicar sus opiniones más aceptablemente que en sus anteriores conferencias. La nueva ponencia no fue recibida mejor que sus intentos anteriores. Los que lo veían con buenos ojos pensaban que era un gran hombre; sus antagonistas no habían modificado sus opiniones.

Nadie parecía capaz de aceptar a Groddeck con ecuanimidad. Era un genio o un idiota, un ángel o un diablo. Era imposible encontrar a alguien que lo elogiara ligeramente o lo condenara amablemente.

¡Años después de su muerte surgió una controversia acerca de su estatura! La Dra. Fromm-Reichmann recordaba que medía alrededor de un metro setenta y ocho; la Sra. Millais Culpin decía que era de mediana estatura, de no más de metro setenta y dos; el Dr. Michel Balint creía que medía más de un metro ochenta, posiblemente hasta un metro noventa. Otros recordaban, sin lugar a dudas, que era “muy alto” o “bajito y grueso”. En realidad, medía un metro setenta y ocho.

Las opiniones acerca de su obra eran igualmente variadas y despertaban más pasión que reflexión. Hasta el Dr. Otto Fenichel, que era llamado “la enciclopedia del psicoanálisis”, entendía mal a Groddeck. Por ejemplo, en el siguiente pasaje, Fenichel habla de las pretensiones de oponentes del psicoanálisis que aseguran que el método de éste es intuitivo. Escribe:

Debo decir, en primer lugar, que considero esto como una afirmación poco pertinente. O bien el psicoanálisis es una ciencia natural -es decir, trabaja con categorías- y en ese caso sus resultados no pueden ser metafísicos, o no se preocupa por las “pruebas”, sosteniendo que lo que es esencial es la

“experiencia analítica” y no las pruebas, y en ese caso sus resultados serían del mismo orden que todas las profesiones de fe y el psicoanálisis no sería más digno de crédito que el dogma o la teosofía.

Hay, en efecto, algunos autores que sostienen poco más o menos esto acerca del psicoanálisis. Así, Groddeck escribe: “Cuando me dicen que todo esto es una tontería, tengo que aceptarlo, pero sigo creyendo, aun sin tener pruebas y aun, posiblemente, *porque* no tengo pruebas; porque cuanto más trata uno con las pruebas, más desconfiado se vuelve de ellas.” ¿No dice lo mismo de su fe cualquier persona religiosa?

La cita de Groddeck, de un trabajo sobre el simbolismo, “Der Symbolisierungszwang” es típicamente groddeckiana en su entusiasmo, pero va precedida de páginas referentes a la tesis de que los niños entienden los símbolos, que el “sentido común” se logra al precio de ahogar la comprensión de los símbolos.

Fenichel no era el único autor que criticaba a Groddeck, pero Groddeck no entró en la controversia, ni quería defenderse. Sus amigos lo defendían. Ferenczi nunca dejó de reconocer sus deudas, hasta de un poco de técnica, por pequeña que fuera. Por ejemplo, en Bad Homburg, Ferenczi presentó una ponencia titulada *Contra-indicaciones de la técnica psicoanalítica “activa”*, que decía en parte:

La reprensión que nos dirigió Alexander [Franz Alexander], diciendo que la transferencia y la resistencia son siempre la base del análisis, era innecesaria -cualquier principiante del análisis ya lo sabe-; pero, cuando es incapaz de señalar la diferencia entre los métodos propuestos por nosotros y los métodos mucho más tímidos anteriormente empleados, es porque, a pesar de sus cualidades, su percepción de los matices de diferencia no es su punto más fuerte, o porque en su modestia ha considerado superfluo decirnos que ya conocía la sugerencias que proponíamos. Debo añadir que en un examen sin prejuicios, el crédito de prioridad pertenece a Groddeck, quien, cuando la condición de uno de sus pacientes se agrava siempre plantea la misma pregunta: “¿Qué tiene usted en contra mía, qué le he hecho?”¹ Él afirmaba que, al resolver esta cuestión, siempre podía suprimirse el agravamiento de los síntomas y que también con la ayuda de esos recursos analíticos podía entender más profundamente la historia anterior del caso. Debo añadir que el grado de valor atribuido a la situación analítica sólo está indirectamente relacionado con la actividad y que su consideración creciente no supone de ninguna manera actividad en el sentido que yo le doy al término.

En otro artículo, “La terminación del análisis”, Ferenczi decía: “Esta meta analítica (supresión del miedo a la castración en los hombres, plena aceptación del papel femenino en la mujer) corresponde poco más o menos a esa inocencia primigenia que Groddeck exige a sus pacientes. La diferencia entre él y yo es que él parte hacia su meta directamente de los síntomas, mientras que yo trato de llegar mediante la técnica analítica ‘ortodoxa’, aunque a un ritmo más lento.”

La ponencia de Groddeck en el congreso, aunque no fue recibida con entusiasmo, les llegó a muchos miembros del auditorio, que quedaron interesados y encantados. William Inman estaba allí con Ferenczi y le fue presentado por fin a Groddeck, a tiempo para oírle decir, molesto, que nunca volvería a hablar frente a analistas: “¡Tienen tan poca comprensión!”

Con Inman se encontraba una amiga, la señorita Collins, que estaba enferma. Inman relató así lo ocurrido:

A pesar de su decepción [de Groddeck] ante la recepción que había tenido su ponencia, el congreso habría de ser un acontecimiento importante en su vida. Yo había llevado conmigo a una amiga, la señorita M. V. E. Collins, que había recibido malos pronósticos de varios eminentes neurólogos, por una siringomielia bien establecida. En mi entusiasmo pensé que Ferenczi podría ayudarla. Él, sin embargo, decidió en seguida que le iría mejor con Groddeck quien la examinó y la invitó a trasladarse a su clínica en la Werderstrasse de Baden-Baden, donde se instaló. Uno o dos meses después también llegó mi mujer con el propósito de ser

1 * Véase la carta escrita a Freud en mayo de 1921, referente a la mujer con edema.

tratada por Groddeck, a causa de diversos síntomas. La señorita Collins empezó pronto a aprender alemán y al año siguiente concibió la idea de traducir *Das Buch vom Es* al inglés. Tenía un don notable para vertir el lenguaje poético de Groddeck a un inglés puro y simple, y naturalmente Groddeck quedó encantado. Cada dos o tres semanas, yo recibía remesas del manuscrito, que eran pasadas a máquina por mi secretaria y, por supuesto, leídas con entusiasmo por mi familia.

Al volver la señorita Collins se iniciaron las negociaciones para conseguir un editor y la C. W. Daniel Company, empresa que favorecía al pensamiento “avanzado”, publicó *The Book of de It*, seguido más tarde por *The Unknown Self, Exploring the Unconscious* y *The World of man*, creo que en ese orden... La señorita Collins... murió en 1956. Su enfermedad progresó indudablemente, pero más de 30 años antes le habían dicho que en cinco años no podría alejarse mucho de su casa -una manera cortés de decir que quedaría prácticamente atada a la cama- y, sobreviviendo a todos sus médicos, hacía viajes al extranjero hasta hace apenas unos años. ¿Un tributo a Groddeck? No lo sé...

Sólo varios años después de 1924 me enteré del interés de Ferenczi por Groddeck. Cada verano iba a pasar una temporada con Groddeck en Baden-Baden y yo me alojaba cerca, prosiguiendo allí mi análisis durante varias semanas en 1928. Por entonces supe que en 1921 o alrededor de esa fecha Ferenczi había estado peligrosamente enfermo de nefritis. Los médicos no podían hacer más por él, de modo que fue a ver a Groddeck, con el resultado de que vivió durante muchos años y después murió de alguna otra enfermedad. ¿Quién podrá decir lo que hizo por él el tratamiento de Groddeck?

Mis recuerdos del propio Groddeck son muy vagos. Era un hombre grande, alto, ancho de hombros, de ojos azules, con un atractivo semblante, feo, al estilo de Puck, calvo, con el cráneo completamente afeitado en el verano, con tacto suave y manos fuertes (se enorgullecía, justamente, de su destreza como masajista), con una sonrisa encantadora, una risa cordial aliada a un agudo sentido del humor y la reverencia de un místico por las fuerzas que llevan al hombre por el camino de la vida. Y creo que era el hombre de ciencia más humilde que he conocido en mi vida. Accesible, amable y deferente con altos y bajos, tímidamente digno, pero fuerte en la fe que tenía en sus propias opiniones, era un médico modelo. Una noche de cada semana celebraba una pequeña reunión en su clínica, a la que podía asistir cualquiera y bombardearlo con preguntas, y recuerdo vivamente cómo su mujer me instaba a ser agresivo en las mías, quizás para hacer evidente su encantadora cortesía para con un visitante... No puedo decir nada de sus relaciones con Freud, al que adoraba. Entre nosotros se rumoreaba que, cuando Freud se enfermó, iba a ponerse bajo tratamiento en manos de Groddeck, pero nunca supe si esto era verdad. Nunca sucedió.

Después del congreso, los Groddeck visitaron a los Ferenczi en Budapest. El 13 de noviembre, Groddeck escribió desde Budapest a Freud. Él y Emmy pasarían por Viena el 24 y 25 y si Freud tenía “tiempo y deseos de recibir a su más fiel admirador, le causaría un gran placer.”

A pesar del dolor que Freud sufría entonces, le escribió a Groddeck que fuera a verlo. Pocos días después de la visita, Freud fue sometido a una operación en la mandíbula para extraerle un diente que no podía salirle, y a otros procedimientos dolorosos, pero cuando Groddeck lo vio se mostró amable y animado, y la única señal de malestar que mostró fue cierta dificultad para hablar. Fue una visita memorable para los dos Groddeck. Aunque Emmy consideraba a su marido uno de los hombres más grandes del mundo, sabía que, para él, Freud era el más grande de todos. Ése sería su último encuentro, aunque ninguno de los dos lo supiera entonces.

XVI. “Genio o idiota, ángel o diablo”, pp. 112-119, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck
Volver a News 10-ALSF